

CERDO RUIN
♦
HOMBRE GATO



UNA HISTORIA DE
PATRICIA MUÑIZ

CERDO RUIN, HOMBRE GATO

www.patriciamuniz.com

E-mail: info@patriciamuniz.com

© 2013, Patricia Muñiz por el texto

© 2013, Elliot Birkin por la fotografía de portada

Corrección ortotipográfica: Raquel de Diego

Maquetación y diseño: Bouman Studios

Primera edición digital. Septiembre, 2013

ID Registro SafeCreative: 1307305499683

Registro propiedad intelectual: B-690-02

Todos los derechos reservados de sus respectivos autores. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna manera ni por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluido fotocopia, filmación o a través de cualquier otro sistema, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*.

**CERDO RUIN
HOMBRE GATO**

A mi familia

¿Quién no ha deseado escaparse alguna vez de algún lugar, de algunas reglas?

¿A quién no le emocionan las historias de un primer amor adolescente?

¿Hay algo más satisfactorio cuando uno está empezando a CRECER que resolver incógnitas o descubrir secretos?

Patricia Muñiz, se instala con soltura como narradora en cada renglón de investigación que abre sobre el territorio del cambio, en todos los sentidos. Desde una reflexión sobre juguetes nuevos a unas cenizas abandonadas, en este relato hay imágenes potentes, momentos de pura vida.

Si a todo eso se le mezclan las costumbres cotidianas, el sabor y el olor de un barrio, los afectos o desencuentros paterno-filiales, la búsqueda de la justicia, la ternura y la amistad tenemos un cerdo ruin y un hombre gato.

¡Viva la rebeldía! ¡El quitarse la ropa! ¡El relato!

Victoria Bermejo

Prólogo

Hacia 1980 el Barrio de Gracia no tenía el aire bohemio y cosmopolita que presenta en la actualidad. Era sin duda más gris, y el tiempo parecía transcurrir más lentamente. En un contexto de estrecheces económicas, y con el aliento de la dictadura aún en el cogote, Gracia era en aquella época un barrio de clase media-baja donde las familias numerosas eran bastante comunes. Creo que esto se debía en parte a que la crianza de los niños no se concebía como un trabajo exclusivo de padres y profesores, sino como una actividad donde participaban desde los tenderos hasta los empleados municipales, desde los abuelos y jubilados hasta los parados y borrachines. Con todos ellos debían interaccionar los niños que ocupaban calles y plazas. Aún era posible explorar casas abandonadas, pasearse detrás de los camiones de la basura o elaborar sofisticadas tácticas de lucha callejera para encarar de la mejor manera posible las continuas refriegas con los niños de las plazas vecinas; todas ellas actividades que expresan una autonomía de la que hoy los niños no pueden disfrutar.

En la Barcelona actual, dejada a su suerte y a lo que el turismo disponga, ya no se ven apenas niños en las calles. El gran urbanista Francesco Tonucci nos explicó no hace demasiado que este era el principal síntoma de una ciudad enferma. Es cierto que hoy día los niños tienen una formación mucho más completa. Clases de música, inglés e informática, más la práctica de algún deporte extienden su jornada escolar hasta la hora de cenar; siempre o casi siempre en espacios cerrados y con-

trolados por un adulto. También es cierto que hoy Gracia es más abierta, lúdica y vibrante, especialmente para los jóvenes. Pero el coste ha sido alto. Hemos entregado la ciudad a los coches, hemos encerrado a los niños en espacios siempre controlados y con ello los hemos convertido en unos maravillosos pardillos. Creo que Alcides Pardo, ese fantástico Huckleberry Finn que nos presenta Patricia en su cuento, estaría de acuerdo conmigo.

Iván Muñiz

El colegio

Cuando me dan una hostia, cierro los ojos y no reacciono hasta que mi cara gira de nuevo. Entonces, devuelvo la mirada de cerdo ruin, lo que soy, para que me vuelvan a dar si se atreven.

El padre Amancio me había arreado la primera porque, según decía, yo le había faltado al respeto. Sabía que ese cura autoritario no se iba a detener. Nunca lo hacía. Ya se encontraba alzando la mano, iba a por la segunda, pero esta vez no le di tiempo. Le pegué una santa patada en los mismísimos que le dejó doblado.

Sostuvimos las miradas. Yo contenía mi furia y él me miraba patético, con su túnica negra de otros tiempos y el crucifijo bamboleándose de un lado a otro.

—¡Sr. Alcides Pardo! ¡Está expulsado! —gritó el sacerdote al tiempo que se lanzaba sobre el cómic de La Masa, que había iniciado el conflicto. Lo rompió en pedazos.

Yo lo tenía escondido dentro del libro de Ciencias Sociales que, se suponía, debíamos estar estudiando. Hasta ahí mi culpa. El padre Amancio paseaba entre las filas de mesas y no pude darme cuenta de que me había pillado, hasta que me atizó en la cabeza con la Margarita, así era como llamaba a la regla de madera que no solo usaba para enseñar matemáticas. El padre Amancio me requisó el tebeo y no le gustó nada que le exigiera que me lo devolviera. Para mí ese cómic era un tesoro. No podía quitármelo. No ahora que ya estaba dentro de la historia. Desde la misma portada, desde la primera viñeta, sentía como si me hubiera deslizado por un tobogán que

me lanzaba a una piscina fantástica. Un sueño fascinante que el maldito padre Amancio había roto en el mejor momento. Además lo había comprado con mi semanada. Era mío legítimamente y no tenía por qué quitármelo.

—¡Sr. Alcides Pardo! ¡Expulsado!

Estaba furioso. Tras la patada, le hice un corte de mangas y me fui corriendo. Sus amenazas ya no me asustaban.

Sé que en esta vida todo se paga, pero cuanto más tarde mejor. Recorrí a toda velocidad los pasillos oscuros de aquel colegio de curas. Mis pasos resonaron por los suelos encerados. Pasé por delante de algunos alumnos castigados junto a puertas cerradas, que esperaban a volver ser admitidos en las aulas. Me miraron con cara de admiración y aquello me gustó. Crucé corriendo el vestíbulo y salí por la puerta grande. El conserje no pudo decirme ni mú.

Corrí y corrí, hasta que, por fin, la calle Verntallat se abrió ante mí con sus grandes adoquines. Era el camino hacia la libertad que me llevaba directo hasta la Plaza Virreina, lugar donde nos reuníamos los de la banda.

En mi barrio, cada plaza tenía personalidad propia, temperamento que se adhería a los que pasábamos tiempo en ellas, ya fuesen jóvenes holgazaneando, señoras vigilando niños, o ancianos tomando el aire fresco.

De pequeño, no bajabas a la plaza sin ir acompañado de la madre o de los abuelos, pero a medida que te hacías mayor, ya podías bajar solo a jugar, o simplemente a pasar el rato. Pronto los otros chavales te identificaban con ella y te llamaban Alcides, el de Virreina, igual que tú te referías a ellos como a los de Diamante, los de Revolución, o los del Raspall. Entre plaza y plaza, nos pasábamos el tiempo guardando distancias y marcándonos límites, al más puro estilo tribal. De ninguna manera éramos conscientes de que lo que en realidad estábamos haciendo era criarnos juntos.

El barrio

A la salida del colegio, esperé a mi amigo Oriol Bosch quien se acercó caminando despacio pero seguro, como siempre hacía. Oriol y yo teníamos la misma edad, once años, aunque él crecía a lo largo y a lo ancho mucho más rápido que yo, y parecía que la ropa se le quedaba pequeña a las pocas horas de ponérsela. Cuando nos conocimos estábamos igualados. Pero ahora él era más corpulento. Aunque medíamos lo mismo, yo me sentía un canijo a su lado. A pesar de ese pequeño inconveniente seguíamos siendo amigos.

Oriol y yo formábamos un grupo junto con su hermano menor, Jordi, y Meri, una vecina de nuestra edad a la que conocíamos de siempre.

Oriol sabía lo ocurrido porque íbamos al mismo colegio, aunque a clases diferentes.

—Alcides, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Le dirás a tu padre que te han expulsado?

—No, no puedo hacerlo —contesté. Y es que no me importaba que mi madre lo supiera, pero mi padre me aterrorizaba. No podía decírselo. No iría a casa.

—No sé qué voy a hacer. Buscaré un sitio para pasar la noche y mañana ya veré.

—Podrías esconderte en la casa derrumbada. Hay una puerta rota por la que se puede entrar, estarás cerca de nosotros pero nadie lo sabrá.

Era una buena idea. La casa derrumbada se encontraba de camino entre el colegio y mi casa, en la calle Verntallat. Era una antigua edificación de tres pisos con jardín que llevaba mucho tiempo deshabitada. Un lugar

donde, a veces, entrábamos a jugar aunque no tuviéramos permiso.

—No es mala idea. Pero mantén la boca cerrada o se me caerá el pelo. Que nadie lo sepa. Será un secreto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Me voy a buscar al Jordi ¿Qué? ¿Nos vemos mañana?

—Sí, claro. Aquí estaré.

De haber podido, hubiera escogido tener un padre diferente. A mi madre no la habría cambiado, pero hubiera preferido tener un padre con más dinero y mejor carácter. Entonces hubiéramos sido una familia feliz, como las de la televisión, donde nunca falta el dinero para las cosas fundamentales. Mi madre tendría buenos electrodomésticos y le quedaría tiempo libre para ir a tomar café con las amigas. Y mis hermanas no tendrían que dar excusas estúpidas cada vez que las llamaran para ir al cine, porque no tendrían que pasar la vergüenza de ir diciendo por ahí que no tenían dinero para pagarse los caprichos. Y mi padre... ¡Oh! Mi padre siempre estaría sentado tras un periódico abierto y se tomaría con buen humor mis gamberradas. Ya no habría más castigos con violencia. ¡Vaya sueño! Si los hijos pudiéramos escoger a nuestros padres muchas cosas cambiarían. Pero no funciona así. Esto es una lotería, y a mí me ha tocado una familia pobre, que no va a ningún sitio porque no tiene dinero y donde no se tira nada, porque todo puede servir. En mi casa solo se hace lo que dice mi padre y como mi padre no es muy listo, no dice gran cosa, pero si no le hacemos caso se pone hecho una furia. Es lo único que sabe hacer bien: pegar broncas.

Aunque bien pensado podría haber sido peor. Podría haberme tocado tener padres asesinos, de esos que entierran a sus víctimas en el jardín de jugar a la pelota. O también podría haber sido mejor. Podría haber nacido

hijo de reyes. A veces me pregunto qué debe de sentir un niño cuando le explican que es príncipe y que nunca en la vida le faltará de nada. Al menos podría hacerse un sorteo para que cada año le tocara a un niño diferente. Sería más justo.

Dejé esos pensamientos al darme cuenta de que en la otra esquina de la plaza, sentada en el portal de su casa, estaba Meri, la de los múltiples nombres. Su madre la llamaba Txell, en realidad se llamaba Meritxell, pero en la calle siempre la llamábamos Meri. A ella cómo la llamáramos le daba igual, lo que le importaba era pasarlo bien. Meri era afortunada porque no tenía padre y su madre siempre estaba trabajando en Los Orientales. A Meri la cuidaba su abuela y la verdad es que no la tenía muy controlada.

El día que dije a Meri que ella me gustaba, se puso a cantar por toda la plaza.

—Alcides se me ha declarado, tralarí, tralará. —Cantaba muy alto para que todo el mundo se enterase y me abochornó. Por eso estuve una semana sin dirigirle la palabra y luego le solté que ya no me gustaba, que no quería ser su novio. Meri me había hecho pasar una vergüenza horrible. Por aquel entonces, yo no sabía que había apuntado lo ocurrido en su diario, y que había prometido no olvidarse de mí, jamás.

Meritxell Pedrós, mi Meri, era una chica muy sensible y sugestionable. Le encantaban las historias de miedo que yo le explicaba. Y aunque lo negara, se creía esas historias y pasaba miedo de verdad.

Recuerdo especialmente una vez en que la vi desfavorida. Fue un viernes por la tarde, mientras recorríamos el segundo piso del colegio fuera del horario escolar. Esa tarde, no había podido ir a la plaza, porque estaba castigado. A ella le extrañó que tardara tanto y vino a buscarme. Cuando la vi a través de la ventana de

la clase, le hice señas para que entrara por la puerta del patio. La puerta que dejaban abierta para que los padres recogieran a los alumnos. Para encontrarme con Meri tuve que escaparme. En un momento en que el cura que nos vigilaba se despistó, me escabullí del castigo y corrí hasta el patio.

Aquel día decidí enseñarle a Meri el colegio de mis pesadillas. Nos escondimos por los pasillos ocultándonos cada vez que oíamos ruidos para que nadie nos viera, y poco a poco, el colegio fue quedándose vacío. Cuando salimos de nuestro escondite solo quedaban las señoras de la limpieza sacando brillo al suelo con mopas gigantescas. Entonces, mostré a Meri el gran cuadro de un cura, el fundador de esa escuela católica, que presidía el pasillo principal. Yo estaba seguro de que la figura de ese cuadro contenía un fantasma que cobraba vida por las noches y obligaba a los muchachos a hacerse curas. ¿Si no cómo se explicaba que hubiera tantos seminaristas? Barcelona estaba llena de curas y de monjas que ejercían de profesores y asustaban a los niños, y también de jóvenes seminaristas y novicias, que venían a explicarnos cómo habían sentido la llamada del Señor. Decían que deseaban entregarse a Él para convertirse en curas y en monjas, que trabajarían como profesores, o sea, que serían los que asustarían y pegarían a los niños del futuro. A mi parecer, tanta devoción era un fenómeno inexplicable. Algo que se escapa a la razón y que solo podría explicarse por una presencia oscura y maligna. La imagen de ese cuadro. El espectro del que emanaba tanta locura.

Pero volvamos a Meri, la miedosa. Si había alguien de carne y hueso, que realmente nos causara pavor, ese era el Cocinero. Un hombre de piel oscura, peludo como un oso y extremadamente hábil manejando los cuchillos. No sabíamos su nombre, le llamábamos «Cocinero», tal cual, y nos reíamos de su fealdad. Le salían pelos de

todas partes, de los agujeros de la nariz, de las orejas, del hueco de la camisa... Tenía pelos hasta en las manos. Ni se te pasara por la cabeza rechazar la comida que él cocinaba, porque con sus cuchillos era capaz de hacerte picadillo en un santiamén y servirte troceado con los carrones del mediodía.

Esa tarde, movido por la curiosidad, abrí la puerta de la cocina de la escuela, me asomé y no vi a nadie. Entonces decidí gastarle una broma a Meri y grité con todas mis fuerzas: «¡El Cocinero! ¡Que viene a por nosotros!», y ella se puso a correr hacia la salida sin parar de chillar. En la vida he visto a nadie correr así de rápido. Meri bajó las escaleras saltándolas de cuatro en cuatro, dando zancadas tan largas como las de los corredores de las olimpiadas. Me ganó corriendo, cosa que no había sucedido nunca y que jamás volvió a repetirse. Nunca más nadie me ganó a la carrera, excepto Meri aquella vez.

Ahora se encontraba en la plaza, y mirándome fijamente a los ojos con su cara de gamberra, dijo:

—Alcides, todos los chicos andan por ahí diciendo que te has metido en un lío muy gordo.

—Sí, bueno. Me he escapado del colegio y ahora no puedo volver a casa.

—Pues si no vuelves, tu padre se va a poner hecho una furia. Y con lo bestia que es seguro que te pega una paliza.

—No lo hará. Esta vez no podrá hacerlo porque no iré a casa.

—¿Y qué harás, entonces?

—No lo sé. Me quedaré por ahí, dando vueltas.

—Bueno. Haz lo que quieras, pero si necesitas algo ya sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias, Meri.

Estaba oscureciendo y en la plaza quedaba muy poca gente. Meri se dio la vuelta y con aire abstraído contempló una bandada de golondrinas que se alejaba, luego se dirigió a mí.

—Es muy tarde. Tengo que ir a casa. Mi abuela ya habrá preparado la cena. ¿Quieres que luego te baje algo de comer?

—No hace falta.

—¿Cómo que no? Si mi abuela no se entera de nada. En media hora te bajo un bocadillo.

Esperé sentado en las escaleras de su portería donde tantas veces nos sentábamos a comer pipas mientras contábamos historias y, a veces, soñábamos con un futuro mejor.

Un día estábamos los cuatro sentados en esas mismas escaleras, cuando Meri dijo que pensaba quedarse soltera toda la vida.

—Yo no me voy a casar nunca. Los tíos son un rollo.

—Si no te casas no podrás tener hijos —le dije—. Y a ti te gustan mucho los niños pequeños.

—Se pueden tener hijos sin casarse. Mi madre me tuvo sin estar casada.

—¿Y qué? ¿Te gusta no tener padre?

—Supongo que sí, no lo sé.

—Si tuvieras padre, ¿cómo te gustaría que fuera?

Se quedó pensando y al cabo dijo:

—Como José María Iñigo.

Nos pusimos a reír.

—¿Quién es ese? ¿José María Iñigo?

—Es uno que sale por la tele. El de Fantástico. Es alto, fuerte, lleva un bigote elegante y tiene la voz muy bonita. Me gustaría que mi padre fuera un señor muy elegante y educado y que todas las señoras dijeran: «¡Qué padre tan encantador tienes, Meritxell!».

—¿Y tú, Alcides? Si pudieras cambiarlo ¿Cómo te gustaría que fuera?

—A mí me gustaría que fuera alguien importante como... ¡El presidente de la Festa Major! Nos daría entradas gratis para la feria.

Cada año, ponían una feria en el paseo San Juan. Y cada año íbamos solo a mirar, porque no teníamos dinero para subir a las atracciones. Caminábamos entre la gente y observábamos con envidia a los niños que iban acompañados de sus padres y comían enormes algodones de azúcar de color rosa. Me gustaba la forma y el color de los algodones, pero no su sabor. De pequeño, una vez mis padres me compraron uno y descubrí que la bola de azúcar se deshacía con la saliva y dejaba la boca pegajosa. Poco a poco, se enganchaba al resto del cuerpo. Primero las manos, luego los mofletes, el jersey, y así hasta convertirme en un niño pegajoso incapaz de acabarme ese enorme algodón.

Sin embargo, las atracciones de la feria me llamaban a gritos; las casetas de tiro, los caballitos, los autos de choque, la noria; las voces gritando: «La muñeca cariñosa, el osito de la suerte, no se vaya sin un premio...». Las chicas abrazadas a sus novios sosteniendo horribles peponas, los jóvenes rascándose el bolsillo para probar suerte una vez más. Las canciones de los Payasos de la tele sonando a toda pastilla. Las luces encendiéndose y apagándose iluminando un paseo en el que todo el mundo parecía feliz. Y nosotros cuatro caminando por detrás de las casetas, buscando en el suelo algún boleto sin usar para poder participar gratis en alguno de los juegos.

Cada año volvíamos asqueados tras contemplar lo que no podíamos disfrutar. Por fortuna, regresábamos a las calles de fantasía, decoradas con papel maché y banderitas, donde había gente que nos conocía y nos dejaba participar de otros juegos sin que a cambio tuviéramos que pagar dinero.

En nuestras calles, participábamos en las carreras de sacos y jugábamos a romper la olla, o a comer manza-

nas colgadas de un hilo sin usar las manos. Los premios también eran diferentes, coronas de papel pintadas y, a veces, si había suerte, alguna peseta. No estaba tan mal. Además, en las fiestas nos dejaban estar en la calle hasta muy tarde, porque nuestros padres se ponían a bailar y que si ahora tomaban un vermut y que si luego una cervecita... pues estaban más contentos de lo habitual. Meri siempre contaba que un año su madre había sido elegida la más guapa de la calle, «la pubilla», y no nos extrañaba nada, porque su madre era guapa de verdad.

Pero estábamos en otoño, las fiestas habían pasado hacía meses y Meri apareció con un bocadillo para que yo pudiera cenar algo. No esperó a que me lo comiera, enseguida se fue. Y entonces, me dirigí a la casa derrumbada, donde pasaría la noche.

La casa derrumbada

Me gustan los gatos de la casa derrumbada. Saltan al jardín atravesando las ventanas de cristales rotos. Salen a docenas y se acercan a la verja porque saben que ella está a punto de llegar. En el barrio la llaman «la mujer de los gatos». A mí me gusta porque es tranquila y silenciosa. Siempre va cargando bolsas con la comida que ha podido conseguir. Me he fijado en que hay veces que les lleva comida de supermercado, a primeros de mes, cuando tiene dinero. Lo sé porque hay otros días, en los que solo les lleva sobras. Pero ella nunca falta a la cita y los gatos se lo agradecen esperándola a la entrada de la casa, cada día a la misma hora, para hacerle arrumacos.

Es curioso en lo que uno se fija cuando pasa muchas horas mirando por la ventana. En ese sentido, soy un privilegiado. En el colegio paso la mayor parte del tiempo castigado y no me importa. Para mí la ventana es como una televisión, si quiero ver otro canal solo tengo que mirar hacia otro lado.

Es peor cuando me castigan en casa y tengo que correr de un lado a otro para evitar que mi padre me coja del pescuezo y me estampe contra la pared. Dice que robo cosas, pero eso no es exacto, lo que hago es cubrir mis necesidades. Mi padre nunca me da nada, todo se lo queda para él. Si intento explicarle que necesito algo, se pone hecho una furia y me chilla diciendo que él, a mi edad, ya trabajaba y que yo no valgo para nada. Mis hermanas se esconden, mi madre llora, pero nadie le para los pies y yo siempre acabo recibiendo. Me he acostumbrado y ya no me importan los castigos, es la forma que

tengo de pagar mis cuentas. Prefiero recibir palos a tener una existencia sin recompensas. Así es mi vida.

Esa noche, cuando llegué a la casa derrumbada, allí estaba esa mujer dejándose querer por los gatos.

—Buenas noches, señora.

—Buenas noches, chico.

—¿Puedo tocar a los gatos?

—Sí puedes. Son cariñosos, si no les haces daño.

Intenté acariciar a uno de los gatos más pequeños, pero se fue corriendo. Sin embargo, una hembra de color negro se quedó a mi lado, frotándose contra mi pierna.

—¡Qué gata más guapa!

—Es una gatita guapita y bonita.

—Señora, ¿puedo preguntarle algo?

—¿Cómo no?

—Pues... Esto... ¿Por qué les trae comida? ¿Es porque no tiene hijos?

—¡Ja, ja, ja! ¡Pero qué ocurrencia! ¡Noooo! Lo hago porque estoy loca.

—¡Glups! Pues no me lo ha parecido.

—¡Ja, ja, ja! Me gustas, muchacho. Eso es lo que dicen de mí, que estoy como una cabra por perder tiempo y dinero con estos animales. Pero yo no estoy loca. Soy una persona sensible. Eso es todo. Una persona sensible y decente.

—Estoy de acuerdo con usted.

—Me alegra saberlo. ¿Y se puede saber qué hace un chico tan agradable solo por la calle a estas horas?

—Nada en especial. Venía a ver a los gatos. Ya me iba para casa. Buenas noches, señora. Que vaya bien.

—Buenas noches, chico.

Me gustó que la señora de los gatos se diera cuenta de lo bien educado que estaba. Parecía que solo las mujeres notarían ese pequeño detalle. A mis vecinas les encantaba que yo les aguantara la puerta de la portería para que no

tuvieran que entretenerse en buscar las llaves, o que les ayudara con las bolsas de la compra cuando iban muy cargadas. Sin embargo, mi padre nunca lo apreció. Solo le importaban las notas del colegio de cada trimestre. Me amenazaba con ponerme a trabajar en la obra si no aprovechaba los estudios. Nunca se dio cuenta de que aunque mi forma de ser no encajaba en ese colegio de curas, yo estaba aprovechando la educación que me daban. A mi manera, claro.

Disimuladamente, di la vuelta a la manzana y me colé en la casa por una de las ventanas rotas de la parte de atrás. La señora de los gatos no me vio.

El interior de la casa estaba destrozado, lo que le daba un aspecto tenebroso. Las paredes desconchadas estaban repletas de pintadas, las habitaciones llenas de cascotes, y el suelo cubierto de basura y excrementos, que intentaba no pisar. Al final encontré un rincón que parecía tranquilo, y ahí fue donde me quedé acurrucado pensando en lo bueno que estaba el bocadillo que me había bajado Meri.

¡Oh, Meri! Mi querida Meritxell Pedrós. Quería ser peluquera de mayor, igual que su madre. Por eso le gustaba ayudarla, para ir aprendiendo. La casa de Meri olía a tinte y a laca, porque la guapa de su madre había montado una peluquería en una habitación y las señoras mayores acudían a ponerse el pelo de color azul o lila. Nos habíamos dado cuenta de que aparte de esas señoras, solo los superhéroes llevaban el pelo de ese color, como Superman, que se lo teñía de azul. Eso nos hacía pensar que las personas, con la edad, se vuelven más originales y atrevidas.

La madre de Meri no solo trabajaba en casa, también lo hacía en la playa, por eso siempre estaba morena. Era

esteticista en la Barceloneta. Trabajaba en los Baños Orientales. Hacía la manicura, cuidaba el pelo, e incluso daba masajes a las mujeres y travestis que acudían a esa playa para hacer topless. Era en una playa privada que estaba separada de la pública por una verja y había que pagar para entrar.

Algunos fines de semana, yo me acercaba disimuladamente hasta la reja para ver los pechos de las mujeres y, sobre todo, los cuerpos imposibles de los travestis. Me parecían extraños, con pechos inflados y bultos bajo el bikini. Algunos tenían pelos en la barba y al verlos me tronchaba de la risa.

La madre de Meri siempre decía que ellos eran sus consejeros y sus confesores, y que siempre la absolvían de sus pecados. No se parecían en nada al Padre Amancio que, a mí, nunca me perdonaba nada.

El Mugres

Había transcurrido por lo menos una hora desde que entré en la casa, cuando la voz ronca de un hombre, tarareando una canción de amor, me distrajo de mis pensamientos. Era uno de esos boleros que mi madre cantaba mientras lavaba los platos. La voz se iba acercando hacia donde yo me encontraba. Me asomé a la puerta y vi la sombra de un cuerpo encorvado que se acercaba. Cogí unas cajas de cartón que había por el suelo, y me cubrí con ellas, intentando ocultarme. Desde mi escondrijo, sentí como la presencia maloliente se iba aproximando lentamente, hasta que al final pude escuchar su voz sobre mi cuerpo acurrucado. Me estaba llamando como si fuera un gato.

—¡Gatito, gatito, bis, bis, bis! —El hombre se puso a remover las cajas con un palo hasta que me descubrió—. Menudo mishino más grande se ha colado en mi hogar —exclamó entonces, con voz de triunfo.

Yo me encontraba agazapado, tapándome la cabeza con los brazos, aunque no fuera a servir de mucho si el hombre se decidía a atizarme con el palo. Temeroso de lo que pudiera ocurrir, me giré. Y entonces le vi la cara y reconocí a ese hombre. Era el Mugres. El mendigo más famoso del barrio. Un hombre que no debía llegar a los cincuenta años, pero aparentaba tener cien. Tenía el pelo gris y una barba larguísima que le llegaba a la cintura. Su nariz estaba deformada por golpes que había recibido y de su boca solo colgaban dos dientes de oro. Flaco, con la espalda torcida por mirar siempre hacia abajo, rebuscando entre la basura. El Mugres era un hombre harapiento y sucio, que siempre llevaba los mismos an-

drajos. Tenía los pies tan sucios que no se distinguían de las sandalias. Eran dos bolas de mugre sobre las que se sostenía y caminaba. Su inmundicia aposentada iba más allá de la roña o la porquería, era suciedad con solera. Pura mierda, con la que nadie en su sano juicio se atrevería a mostrarse en público. La mugre que a él, le había dado nombre.

—Perdón, señor, no sabía que esta fuera su casa.

—No sabía, no sabía... la gente nunca sabe nada, pero siempre os estáis metiendo en mi vida. ¿Por qué tenéis que controlarme?

—Yo no he venido para nada de eso. Solo buscaba un sitio donde pasar la noche. Es que me he escapado de casa.

—Vaya, vaya, vaya. Un jovencito rebelde que se ha escapado de casa. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Es que no quieres trabajar? ¿Prefieres volverte un vagabundo como yo?

—No es eso. No exactamente. He tenido problemas en el colegio y ahora no puedo volver a casa porque mi padre me mataría.

—Un chico con problemas. Bueno, bueno, bueno. A lo mejor me apetece que me hagas compañía. Me aburre estar siempre solo y tú puedes servirme. ¿Sabes? Quizás pueda ayudarte. ¿Y tú? ¿Me ayudarías a mí?

—No lo sé. Tal vez.

—Yo creo que sí, pero primero hay que cenar. Bueno, ¿tienes hambre?

—He comido un bocadillo, pero aún tengo algo de hambre.

—Pues si quieres puedes beber vino, esta es mi cena. Vino y más vino. ¡Ja, ja, ja!

—¿Y de comer no tiene nada?

—De comer vino, de beber vino. Para desayunar y para cenar, siempre la sangre de Cristo. ¡Ja, ja, ja!

Se sentó a mi lado, me acercó su botella y yo bebí de ella. Entonces entramos en materia.

—Mira. Desde que pasó lo del Cesáreo estoy muy solo. Así que si quieres, por mí, puedes quedarte aquí. Te esconderé y te daré de comer, pero antes tienes que hacer algo. Tienes que ir a mi casa. Tengo mucho dinero. Te indicaré dónde puedes encontrarlo y tú me lo traerás.

—Pero señor Mugres, no lo entiendo. Dice que es su casa y su dinero, ¿por qué no va usted a buscarlo?

—Porque no me dejan. Tengo dos hermanas que siempre están vigilando mi casa. Ellas, Montserrat y Magdalena, esperan a que regrese para encerrarme en un manicomio. Se lo quieren quedar todo, ¡todo lo mío! Esas desgraciadas nunca tienen suficiente, siempre, siempre quieren más, son avariciosas. ¿Qué? ¿Harás por mí lo que te he pedido?

—Sí, señor Mugres. Lo haré —contesté, sin saber muy bien por qué.

—Entonces seremos amigos. No sabes cómo añoro tener a alguien que me haga compañía. Antes, con el Cesáreo todo era más divertido.

—¿Y por qué se fue el Cesáreo? ¿Se lo llevaron a un manicomio?

—¡No! ¡Qué va! ¡Nada de eso! Fue mucho peor. Vinieron los de la Santa Inquisición y lo quemaron. ¡Mira ese rincón! Todavía quedan las cenizas de su hoguera. ¡Mira la pared! Esas son las señales que pintaron esos hijos de su madre.

El Mugres removió con su palo las cenizas y señaló con él los símbolos pintados en las paredes. Eran esvásticas dibujadas con ira. Por aquel entonces yo no sabía nada de neonazis. A diferencia de los quinquis o los yonquis, que estaban por todas partes y eran mucho más visibles, a los neonazis se les veía en el fútbol, siempre en

grupo. Tenían fama de arrasar con lo que no les gustaba, y al parecer, aquella noche fue el Cesáreo.

De pie, junto a las cenizas, el Mugres dijo:

—A Cesáreo no se lo pudieron comer los gusanos. Pobrecillo. El fuego se lo llevó enterito. Recuerda esto, muchacho. En esta vida no se ha de tener miedo de los muertos, ni de los fantasmas. Se ha de temer a los vivos. Los vivos son los que le joden a uno. Sí, eso es. Hay que tener miedo a los vivos.

Seguimos hablando y bebiendo un par de horas más, tras las cuales me eché a dormir sobre los cartones. Así empezó la experiencia más fascinante de mi vida, los días que viví como un vagabundo.

Al día siguiente, desperté sobre un lecho de periódicos y cartones. Estaba entumecido y sentía frío por todo el cuerpo excepto en los pies. Algo caliente y mullido se había enroscado en ellos. Algo que resultó ser la misma gata negra que había acariciado por la noche. Sin duda, esa gata quería ser mi amiga, así que pensé un nombre para ella.

—¿Cómo podrías llamarte? —La gata ronroneaba sin parar mientras yo la acariciaba.

—Vives en esta casa abandonada, pero eres bonita, suave y cariñosa. Te mereces un nombre que sea dulce y salvaje. Creo que te llamaré Wanda. Suena bien y te pega mucho. ¿Te gusta tu nombre, Wanda? —La gata se tumbó boca arriba para que le siguiera acariciando la panza. Eso significaba que le gustaba su nuevo nombre.

A la luz del día la casa se veía diferente, recuperaba la precisión de los detalles y la hacía menos tenebrosa. El Mugres merodeaba buscando botellas de vino vacías que miraba a contraluz para ver si en alguna quedaba algún resto. Pero no tuvo éxito, su medicina se había acabado.

Entonces tiró las botellas sobre las cenizas de Cesáreo y exclamó dirigiéndose a ellas.

—¡No te digo! Ahora que eres un fantasma, podrías rellenar estas botellas, ¡ten amigos para esto!

Ese hombre no estaba bien de la cabeza. Cuando acabó con todas las botellas se sentó a mi lado y me dijo:

—Amigo, estamos en la más absoluta de las miserias. Necesitamos dinero y yo sé cómo conseguirlo. Este es el plan. Irás a buscar dinero a mi casa. Mis hermanas cada mediodía van a la parroquia. Podrás entrar en la casa sin problemas. Encontrarás una llave escondida en la alcantarilla que hay delante del portal. Yo mismo la escondí. La tapa metálica no está ajustada, se puede levantar con un dedo. Ya verás, no será difícil. Cuando abras la puerta, entrarás en el recibidor. Ahí no hay nada de valor. Tienes que ir directo al comedor. En el primer cajón del mueble están guardados los cubiertos. Tráelos todos, son de plata y se pueden vender. Verás que en el comedor hay dos puertas. La de la izquierda es mi habitación. En la de la derecha ni se te ocurra entrar. Tienes que mirar debajo del armario de mi habitación. En el rincón, escondí una cartera negra con papeles. Si buscas entre ellos encontrarás un sobre con una cruz. Dentro del sobre, entre las estampas, está el dinero y una cartilla de ahorros. Tráelo todo. Después de la última que me hicieron no quiero volver a ver a mis hermanas. ¡Brujas!

—¿Pero por qué no quiere ir a su casa ni ver a sus hermanas?

—Míralo el listo. ¿Y tú por qué no quieres volver a tu casa? ¿Por qué te escapaste del colegio?

—Porque no me trataban bien, carajo. En el colegio, todo lo que hacía o decía estaba mal. Ellos solo querían que obedeciera y que no hiciera nada de lo que me gustaba. Yo prefiero divertirme, aunque luego me castiguen. Me gusta ser un poco feliz.

—Pues lo mismo digo. Mis hermanas no pueden soportar tener un hermano que ha perdido la fe. Para ellas soy un error. Un enfermo que no tiene derecho a sus propias posesiones. Un loco al que es mejor esconder para no ensuciar su santo currículum. Por eso quieren quitármelo todo y encerrarme.

—A mí, un cura me rompió un tebeo que había comprado con mi dinero. Me fui por eso, porque sabía que nadie me iba a defender. Además mi padre le daría la razón y me castigaría o algo peor. ¿Y a usted, señor Murges, qué le pasó?

—La última vez que fui a mi casa alguien avisó a mis hermanas. Ellas me engañaron. Me convencieron para que tomara un café en el que habían echado somníferos. Cuando desperté estaba en un manicomio. Me habían desnudado, lavado y afeitado.

Me eché a reír. No podía imaginármelo de esa guisa. Le pregunté qué hizo entonces.

—Me escapé. Supongo que pensaban que no sería capaz de reaccionar o de orientarme, pero fue muy fácil. Me largué por la mismísima puerta principal.

—¿Le dejaron salir del sanatorio? ¿En pelotas?

—¡No, hombre, no! ¡Te crees que estoy loco o qué! Los que estaban chalados eran los otros internos. No me costó nada conseguir que uno me diera su ropa. Le conté que me había ligado a una enfermera muy cachonda, que me había dicho que la esperara desnudo en la cama. Le dije que a mí ella no me gustaba y que si él quería podía sustituirme. El muy burro aceptó y me dio su ropa. Luego se estiró desnudo en la cama esperando a que viniera la enfermera. Mientras tanto, yo fingí ser un visitante y me largué por la puerta principal, ¡ja,ja,ja! Como me habían lavado y afeitado, no me hubiera reconocido ni mi propio padre. Y tampoco se fijaron demasiado. Ni siquiera notaron que iba en zapatillas. En Sant Boi tienen

mucho trabajo. Hay mucho loco suelto en esta ciudad.

—¡Qué suerte! —exclamé.

—¿Entonces qué, muchacho? ¿Harás lo que te he pedido?

—No se preocupe. Lo haré. Estoy acostumbrado a colarme en todas partes. Pero antes me acercaré a la plaza, a ver si consigo algo para desayunar. Estoy muerto de hambre. Para que no me encuentren haré como los gatos. Caminaré ligero y silencioso, escondiéndome tras los coches cuando vea pasar a alguien conocido. Me arrimaré a quien me pueda dar comida y luego me marcharé con sigilo. Me convertiré en el Hombre gato.

—¡Será posible! Anda, ¡corre y vete, Hombre Gato! A ver si es verdad lo que dices y regresas con mi tesoro.

Las estridentes carcajadas del Mugres resonaron en la casa derrumbada. Eran tan fuertes que podían oírse desde la calle.

Qué curiosa es la vida. En casa no confiaban en mí ni para ir a comprar el pan. Me daban los cinco duros justos porque sabían que si había cambio me lo gastaba. Y sí, es cierto, lo hacía. Pero en mi defensa puedo decir que solo cobraba el servicio prestado. Sin embargo, el Mugres, un perfecto desconocido, me daba instrucciones precisas para ir a su casa y coger su dinero. ¡Maldito dinero! Lo que cuesta conseguirlo y lo fácil que se gasta. Me preguntaba qué valor tendría para él. Para mí era la llave de mis deseos, por eso alguna vez había hurgado en el monedero de mi madre, para comprar alguna chuchería que deseaba con intensidad. En esos momentos, sentía la adrenalina recorriéndome el cuerpo, y un calor que abrasaba cuando ya tenía el botín en el bolsillo. Luego, había que ser rápido y gastarlo en lo que me apeteciera, lo que me producía una inmensa felicidad. Por último me tocaba esconder lo que había comprado y negar que hubiera sido yo quien había robado el dinero. Llegaba

a negarlo tantas veces y con tanta rotundidad que al final yo mismo creía que no lo había hecho y lloraba delante de mis padres para demostrar mi inocencia. ¿Sería cierto que el Mugres tenía dinero? Por su pinta nunca lo hubiera dicho. Pensé que no perdía nada con la excursión y si realmente había pasta, guardaría algo para mí.

La Plaza

La plaza era una rotonda de adoquines rojos situada frente a la iglesia de San Juan, en la que había una fuente de tres caños con una escultura que representaba la figura bíblica de Ruth, aunque en realidad se parecía a Mary Poppins sin paraguas. La plaza estaba rodeada por coches aparcados y plataneros que daban sombra a los bancos de madera pintados de verde, donde la gente se sentaba a pasar el rato.

Mis amigos, Oriol y Jordi, estaban en la fuente, pegándose calcomanías en los brazos. Me acerqué sigilosamente, sin que me vieran, y en un momento me planté ante ellos pillándoles totalmente desprevenidos.

—¡Hola, amigos!

—¡Ah! —gritaron al unísono.

—Vaya susto nos has dado —dijo Oriol.

—¡Puaj! ¡Qué sucio estás! —añadió Jordi tapándose la nariz.

Dormir en el suelo había dejado evidentes señales en mi ropa. Me sacudí el polvo, pero era imposible quitar la mayoría de las manchas.

—¿Qué? ¿Cómo va todo? —le pregunté.

—Pues el patio está bastante revuelto —contestó Oriol—. La policía ha ido a tu casa. También han ido al colegio. Nos han preguntado a todos. Quieren saber qué te ha pasado. No tienen ni idea de dónde estás y tu madre está destrozada. Tiene miedo de que te haya pasado algo. Alcides, tienes que volver.

—No puedo regresar todavía. Tengo cosas que hacer.

—¿Y cómo andas? ¿Qué tal la vida de hombre libre, Alcides?

—Bien, pero tengo un poco de hambre. ¿Te ha sobrado algo del desayuno?

—No. No me ha sobrado nada. Estábamos a punto de subir a comer. Ya es más de la una.

—¡Sí que es tarde!, no me había dado cuenta; he perdido la noción del tiempo, claro, como ya no tengo que madrugar.

—¡Ah! Qué suerte tienes, Alcides —dijo Oriol con recochineo, y añadió —: A las tres tenemos que estar de vuelta en el colegio. Si quieres te puedo bajar algo.

—No, gracias. Tengo prisa. ¿Y a Jordi no le ha sobrado nada? Él nunca se acaba el bocadillo.

—Ya, pero es que el de hoy me lo he comido yo. Oye, ¿Por qué no vuelves a tu casa? Lo están pasando muy mal, seguro que te perdonan.

—Te he dicho que tengo cosas que hacer. Cuando acabe con ellas igual vuelvo. Ahora me gustaría comer algo.

Oriol sacó del bolsillo algunas monedas que tenía para comprar golosinas y extendió la mano ante mí.

—Toma. Es todo lo que tengo. Con esto puedes comprar chuches en el Triope.

Llamábamos Triope al señor de la librería porque llevaba unas gafas de culo de botella tan graduadas, que apenas se le veían los ojos, por eso decíamos que era tres veces miope.

—Gracias, Uri, pero no puedo ir a la tienda. El Triope me conoce y avisaría a mi familia. ¿Podrías ir tú por mí?

—Está bien, ya voy, ¿qué quieres que te traiga?

—Nubes de azúcar y chocolatinas —contesté. La boca se me hacía agua.

—Espérame aquí y vigila al renacuajo. Enseguida vuelvo.

Me quedé cuidando de Jordi, su hermano. La madre de Oriol no dejaba que Jordi bajara a jugar solo porque era muy pequeño. Así que Oriol tenía que hacerse cargo de él. Al principio era una lata. Ese pequeñajo siempre estaba haciendo pucheros, pero cuando descubrimos que le podíamos utilizar para hacer gamberradas le dejamos venir con nosotros.

Una vez le llevamos a la casita rosa de la Plaza del Norte. Era una portería pintada de rosa con visillos floreados donde vivían unas chicas muy simpáticas. Jugábamos a tocar el timbre y escondernos deprisa para ver a las chicas que salían a abrir la puerta. No eran demasiado jóvenes, pero siempre llevaban ropa muy sexy. Un día colamos la pelota en el patio de la casita rosa a propósito para ver si podíamos entrar y ver un poco más. Jordi sería el encargado de ir a pedir la pelota y de explicarnos todo lo que viera cuando le dejaran pasar. Tocó el timbre y esperó a que le abrieran repitiendo la frase que le habíamos enseñado que tenía que recitar con mucha educación.

—Perdonen las molestias, señoritas, se me ha colado la pelota en su patio. ¿Puedo entrar a recogerla?

Pero en cuanto la puerta se abrió, le tiraron un cubo de agua que le dejó empapado, sin balón y sin palabras.

El mocososo se puso a llorar, como siempre. Así que le llevamos con su madre. Y ella, al verlo en ese estado preguntó qué había pasado.

—Es que se me ha colado la pelota en una casa y cuando he llamado para que me la dieran me han tirado un cubo de agua.

—No puedo creerlo, ¡qué poca vergüenza! ¿Dónde ha sido eso?

—En una casa de color rosa muy bonita. Esa, donde

viven unas señoras muy guapas.

Jordi no tuvo que añadir más detalles, porque su madre ya había comprendido nuestra jugarreta y enfadadísima gritó:

—¡Seréis marranos! ¡Castigados los dos! Y tú, Alcides, ya verás cuando se lo cuente a tu madre.

Al final, el castigo quedó en una tarde sin salir a jugar a la calle. Pecata minuta.

Mientras esperábamos a que Oriol volviera del Triope, llegó un hombre que se puso a mojar trozos de pan en la fuente para dar de comer a las palomas. Como si hubiera conjurado un hechizo, empezaron a salir de todas partes; de los árboles, de los desagües de la iglesia, de las farolas... Las palomas revoloteaban sobre nuestras cabezas y sus arrullos silenciaban los parloteos de los viandantes. Se amontonaban sobre el pan formando un gran alboroto. Y observar cómo corrían y se disputaban trocitos de pan, resultaba un espectáculo de lo más entretenido. El pequeño Jordi se puso a perseguir un pichón.

—¿Qué haces, Jordi?

—Quiero una paloma.

—¿Y para qué quieres coger una paloma? ¿No ves que son unas cagonas y que están llenas de garrapatas?

—Me da igual. Yo quiero una. Mi madre tiene un periquito y Oriol tiene un hámster. Yo también quiero una mascota.

Jordi siguió persiguiéndolas hasta que se acabó el pan y las palomas se dispersaron volviendo a sus nidos. Justo en ese momento llegó Oriol con una bolsa llena de golosinas que, más que comer, engullí.

—Tenemos que irnos. ¿Cuándo nos volveremos a

ver? —preguntó con gesto de preocupación.

—Aquí mismo. Mañana a la misma hora. —Y añadió—: Oriol, me gustaría ver a Meri. ¿Puedes decirle que venga mañana?

—Ok. Se lo diré. Cuídate, Alcides.

—Gracias. Lo haré.

Nos fuimos por diferentes caminos. Ellos a su casa, y yo hacia la dirección que me había indicado el Mugres.

La otra vida del Mugres

Tal y como había dicho, encontré la llave escondida en la alcantarilla que había delante del portal. Tras apoderarme de ella, entré en su casa y cerré la puerta sin hacer ruido.

Era una de esas casas de más de cien años que todavía se mantenía erguida al lado de los edificios nuevos. Tenía dos plantas y un patio en la parte trasera. Era una casa vieja, pero en absoluto estaba descuidada. En el recibidor había una foto del propio Mugres de joven. Se le veía sano y feliz. Aparecía rodeado de chicos que llevaban bata de rayas. Iban tan peinados, que casi podía olerse la colonia. En la foto ponía “Clase del Señor Pedro Bureda Montaña, 1957”.

¡El Mugres había sido maestro! No me lo podía creer. Ese hombre no paraba de sorprenderme.

Seguí las instrucciones que me había dado. En el comedor me dirigí a la alacena, donde guardaba la vajilla. Se notaba que era de buena calidad, por lo menos de porcelana. Cogí los cubiertos de plata y los guardé en el macuto. Abrí la puerta de la izquierda. Era un dormitorio de matrimonio sobrio y anticuado. Un gran crucifijo colgaba sobre la cabecera de la cama. Había dos mesillas con tapetes de ganchillo que el tiempo había vuelto amarillos y un armario de roble de seis puertas, enorme. Me estiré en el suelo, alargué el brazo y me puse a palpar por debajo del armario, hasta que con las puntas de los dedos toqué la cartera que estaba en la esquina. Me costó un poco alcanzarla, pero al final lo conseguí. Era una cartera de piel buena, se notaba que al Mugres las cosas

le habían ido bien. Dentro había muchos papeles legales, certificados y contratos. No me entretuve en leerlos, empezaba a sentirme nervioso. Abrí el sobre con la cruz y vi que las estampas que contenía eran esquelas a nombre de Jacinta Bureda. Entre ellas hallé quince mil pesetas en billetes nuevos y una cartilla de la Caja Postal. Lo metí todo en el macuto junto a los cubiertos de plata. Me fijé en una foto amarillenta que sobresalía entre los papeles. Era su foto de boda. El Mugres aparecía con cara de felicidad junto a una mujer de nariz respingona. Era increíble lo mucho que había cambiado ese hombre. Pensé que le gustaría que se la llevara, así que también la metí en el macuto.

Había acabado el trabajo, pero la curiosidad se apoderó de mi alma de gato. Me acerqué a la puerta de la derecha, donde me había especificado que no entrara. Dudé un momento, pero al final la abrí. Descubrí una habitación infantil, empapelada con dibujos de elefantes voladores. Era una habitación preciosa, con una cuna que tenía un móvil de mariposas y una estantería con peluches que guardaba algunos paquetes sin abrir. Una habitación extrañamente perfecta, como si nunca se hubiera utilizado. Saciada mi curiosidad, cerré la puerta y me fui.

Antes de salir, miré a ambos lados de la calle y no vi a nadie sospechoso. Cerré la puerta sin hacer ruido, devolví la llave a su escondite y arranqué a correr temeroso de que alguien me hubiera visto saliendo de la casa y me hubiera tomado por un ladrón. Así que me escabullí rápidamente por las callejuelas del barrio, como el intrépido Hombre gato; y, sin que nadie me viera, regresé a la casa derrumbada.

No le dije que me había quedado mil pesetas por el servicio prestado, y tampoco pareció darse cuenta. Vacíé el contenido del macuto en el suelo y el Mugres se con-

virtió en un niño en la mañana de Reyes. Recogía sus posesiones como si fueran auténticos regalos. De repente, dejó el bastón en el suelo y, haciendo un mohín de joven enamorado, cogió la foto de su boda sosteniéndola con las dos manos.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó.

—Estaba dentro de la cartera, con los demás papeles. ¿Quiere contarme algo?

—¿Algo? ¿Lo que pasó?... ¿Y por qué no? No es ningún secreto. Así aprenderás a no confiar en Dios. — Entonces prosiguió, algo más ceremonioso—: Yo era un joven con ilusiones y tuve la suerte de casarme con la mujer que amaba. Las cosas nos iban bien. Había heredado unas propiedades de mi familia, tenía un trabajo respetable y además estábamos a punto de tener un hijo, la mayor ilusión de mi vida. Jacinta y yo habíamos preparado la habitación de nuestro hijo con todo nuestro amor, pero el parto se adelantó y se complicó. El niño se enredó con el cordón umbilical, se asfixió y mi mujer murió de una infección. Entonces todo dejó de tener sentido. Mi alma murió con ellos.

¿Sabes, chico? Hasta entonces, yo creía en Dios, pero después de aquello no pude seguir creyendo. Supliqué arrodillado ante un Cristo crucificado que la hiciera volver, que le diera un soplo de vida. Cuando me di cuenta de que le estaba rogando a una figura de barro sobre un trozo de madera, todo dejó de tener sentido. ¡Qué absurdo!

Eso fue todo. No hay nada más que hablar. Anda, ve a comprar algo de comer. Ya sabes. Vino para mí y para ti lo que más te apetezca.

La historia del Mugres me hizo recordar un día en que Oriol, Meri y yo, jugando en la calle, encontramos tres cajas apiladas junto a la basura. Estaban llenas de juguetes más nuevos que los que nosotros teníamos en casa.

Había de todo, coches de carreras, madelmans, pelotas, piezas de Tente y álbumes de cromos. En un momento esparcimos todo aquello sobre la acera y nos afanamos en hacer cada uno su propio montón. Nos pusimos a jugar ahí mismo y cuando estábamos más enfrascados en el juego, cuando ya nada hubiera podido quitarnos la ilusión del hallazgo, apareció mi madre que venía de comprar pan. Nos saludó cariñosamente y nos preguntó de dónde habíamos sacado todo aquello. En seguida le dije que lo habíamos encontrado en la calle, tirado en la basura, no fuera a pensar que lo habíamos robado. Tras examinar los juguetes durante unos segundos, su reacción nos sentó como si nos hubieran tirado un jarro de agua helada.

—¡Dejad esos juguetes ahora mismo!

—¿Por qué? Si los hemos encontrado.

—Nadie tira juguetes tan nuevos. Deben de ser de algún niño muerto.

¡Un niño muerto! Jamás se nos hubiera ocurrido esa posibilidad. La idea de un niño, como nosotros, muerto, nos produjo el respeto más absoluto. Por eso nos desprendimos de lo que teníamos en las manos y lo volvimos a dejar en las cajas.

—Pero mamá, ¿y si son de una familia a la que le ha tocado la lotería y como ahora son niños millonarios pueden comprar juguetes mejores?

—En este barrio no hay niños millonarios —contestó ella—. Dejad esos trastos ahora mismo, podrían estar infectados por alguna enfermedad incurable.

Ni Oriol ni yo cogimos nada, pero cuando mi madre desapareció al girar la esquina, Meri volvió a por un muñeco y su madre dejó que se lo quedara después de lavarlo con lejía.

La madre de Meri era más joven que la mía, pero eso no era lo único que las diferenciaba, también se arreglaban de forma diferente. Mi madre siempre llevaba vestidos y zapatos de tacón alto que hacían mucho ruido al caminar, se la oía llegar de lejos. Cada mes iba a la peluquería y llegaba a casa con un crepado que solo le duraba un par de días, tras los cuales volvía a peinar su melena hacia atrás. La madre de Meri se peinaba ella misma y cada día llevaba el pelo diferente, unos días se hacía trenzas, otros cola de caballo, moños o simplemente llevaba el pelo suelto. También vestía más moderna. Usaba pantalones y blusones anchos. Además nunca llevaba sujetador.

Pero la más recatada era la madre de Oriol y Jordi. Ella nunca llevaba escote y casi todos sus vestidos tenían puntillas de un blanco immaculado que se afanaba en almidonar. Nunca salía de casa sin su collar de perlas y siempre llevaba el pelo corto y rizado de un color rubio muy brillante.

Sin embargo en nosotros, sus hijos, no se notaba ninguna diferencia de estilo. De hecho, parecíamos uniformados. Posiblemente nuestras madres compraban la ropa en la misma tienda. En verano llevábamos tejanos y camiseta, y en invierno pantalón de pana y jerséis tejidos a mano.

La madre que mejor tejía era la de Oriol. Los jerséis que hacía parecían comprados en una boutique. Su único defecto es que siempre escogía azules o marrones, en diferente tono, pero siempre usaba los mismos colores, y parecía que sus hijos fueran de uniforme. Mi madre se atrevía más con las rayas y los dibujos, aunque no le salían tan perfectos, eran muy resultones. Pero quien peor lo tenía era Meri, porque aunque su madre era muy buena con los peinados y los masajes, con las agujas era un auténtico desastre. Le encantaba usar muchos colores diferentes, pero no sabía esconder los nudos que se

escapaban por las costuras y además siempre le salía una manga más larga que la otra. La única que no veía el desastroso resultado era ella misma y Meri tenía que pasearse por el barrio con esos jerséis amorfos, así que en invierno nunca se quitaba el abrigo y todo el mundo pensaba que era una friolera.

Por fortuna, en verano no teníamos tantos problemas. Nos bastaba con una camiseta y un pantalón corto para salir a la calle. Una vez la abuela de Meri se puso hecha una furia. Estábamos jugando a guerras de agua en la plaza del Diamante y como acabamos empapados, todos nos quitamos la camiseta. Meri también. Teníamos el cuerpo moreno a trozos, la parte del cuerpo que nos tapaba la camiseta estaba más blanca que la leche; sin embargo, las marcas de Meri eran diferentes. Dos triángulos y dos tiras: las marcas del bikini, pues aunque estaba más plana que una tabla de planchar se empeñaba en llevar la parte de arriba como las señoras. En ese momento su abuela pasó por la calle, y al verla le gritó:

—¡Tápate, nena!

—Abuela —protestó Meri—, no me puedo poner la camiseta, que me la han mojado. ¡Mira!

Entonces, delante de su abuela escurrió la camiseta y el agua que soltó formó un charco en el suelo, pero la demostración no pareció convencer a la mujer.

—No seas marrana. Sube ahora mismo y ponte ropa seca. No quiero verte en la calle medio desnuda.

—Pero si ellos también se han quitado la camiseta. Abuela, ¡mírales!

—No me rechistes. Sube a casa y haz lo que te he dicho —exigió con firmeza—. ¿Es que no te das cuenta de que eres una niña?

Y lo cierto es que hasta los diez años no pareció darse cuenta de esa insignificante circunstancia. A partir de esa edad no volvió a quitarse la camiseta delante de nosotros

y empezó a pasear con otras niñas. Me contó que en el colegio se habían burlado de ella por ser poco femenina y que había decidido cambiar. Nos rehuyó durante un par de semanas, pero al final volvió con nosotros porque, según nos confesó, se aburría mucho y prefería jugar en la calle.

La fiesta

En la bodega compré patatas fritas, coca-cola, ganchitos y las ocho botellas de vino que me pidió el Mugres y que tuve que llevar en dos viajes. Esa noche, montaríamos una fiesta en la casa derrumbada.

Regresé con la compra al atardecer. A medida que iba oscureciendo, las flores silvestres y las campanillas azules que crecían entre las zarzas del jardín se cerraban y los gatos de la casa derrumbada, que durante el día se tumbaban bajo los rayos del sol, deambulaban nerviosos esperando la llegada de su cocinera particular.

Su instinto nunca fallaba, cuando ya estaban todos los gatos reunidos en la verja del jardín, la vimos llegar cargando una bolsa con comida.

—¡Escondámonos!

Allí estaba esa mujer. Llevaba el pelo canoso recogido en un moño, vestía camisa ancha y pantalones, y llevaba una rosa en la mano. Primero dio de comer a los gatos y luego se adentró en la casa hasta llegar a las cenizas de Cesáreo sobre las que depositó la rosa.

—Trae una rosa para Cesáreo —susurré al oído del Mugres.

—Sí que es cierto. Lleva una rosa a Cesáreo. Hoy hace un mes que murió. Se ha acordado.

—¿Se conocían?—pregunté sorprendido.

—Sí, hablábamos con ella. Es muy simpática, y muy buena cocinera.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque una vez quitamos los macarrones a los gatos y nos los comimos nosotros. Estaban divinos.

—¡Guau! Señor Mugres, ¿cree que Cesáreo y la se-

ñora de los gatos se querían?

—Puede ser. Cesáreo siempre tenía un piropo a punto que ella acogía con simpatía, lo que significaba que le gustaba. Siempre decía: «Si todas fueran como tú, no haría falta el sol», y ella se sonrojaba y respondía que cómo se podía ser tan tonto a su edad.

—Vaya pareja de tortolitos – dije yo.

Tras depositar la rosa sobre las cenizas, la mujer volvió a la entrada y vigiló que todos los gatos comieran algo. Llevaba varios recipientes que situaba en puntos separados para que los felinos no se pelearan por la comida. Después de hacerles caricias se fue por donde había venido, caminando ágil y con garbo a pesar de su edad. Entonces, el Mugres golpeó tres veces en el suelo con el bastón y gritó eufórico.

—¡Que empiece el festín!

—¡Al ataque! –exclamé y empecé a abrir las bolsas de patatas.

—¿Qué son esas porquerías que has comprado? Tienen buena pinta.

—Son las cosas que me gustan y que nunca me dejan comer. ¿Sabe, señor Mugres? En la escuela no me dejan tener o comer nada de lo que me gusta. Quieren que me conforme con lo que me dan, pero mis gustos son más sofisticados. A la hora de comer siempre están con los purés, las croquetas, los espagueti... Y para beber, agua del grifo. ¿Es que no saben que existen las pizzas, los helados o la coca-cola?

Ellos quieren que trague con todo, pero yo prefiero ir a la mía y luego pagar mis cuentas. No soporto estar todo el día haciendo cosas que no me llenan. Soy un tío duro y hago las cosas con ganas. De otro modo no me interesan.

—Bien dicho, chaval. A mí también me gusta disfrutar de la vida. Dame una de esas patatas de color naranja, anda.

Devoramos la comida en un santiamén y esa noche yo volví a beber la sangre de Cristo que decía el Mugres. Bajo los efectos del vino nos pusimos a charlar sobre el amor y la muerte.

—Dime, joven. ¿Has estado enamorado alguna vez?

—Tanto como enamorado, no. Hay una chica que me gusta, se llama Meri, pero más bien somos amigos.

—¿No te pones a temblar cuando la ves? ¿No le escribes poemas?

—Eso es de idiotas. Yo no hago eso. Jugamos juntos y a veces le cojo de la mano y ella se deja. Eso es todo.

—Entonces, todavía no has dado un beso.

—No, todavía no. Aunque me gustaría.

—¡Pues claro que te gustaría! Unos labios temblorosos posándose sobre la boca es lo mejor del mundo.

—Y con lengua son mejor, ¿verdad?

—Pues sí. Son mejores, pero ten paciencia. En esta vida todo llega a su momento. No quieras correr demasiado. Las prisas son malas compañeras. Hazme caso. Por cierto, chico, ¿crees en los fantasmas?

—No he visto ninguno, pero opino que es bastante probable que existan. Quizás no sean como los imaginamos, con cadenas y una sábana blanca, tal vez son energía descontrolada o ¿cómo lo llaman? Fenómenos psíquicos.

—Yo antes no creía, pero el otro día vi a Cesáreo, incluso hablé con él. Desde entonces no tengo más remedio que creer en ellos.

—¿Y qué le dijo?

—Que había vuelto para vengarse. Que iba a acabar con los niños de papá que le quemaron vivo solo para divertirse. Y que ya se había encargado de dos de ellos. Los ha matado.

—¡Dios! ¿Cómo lo hizo? ¡Quiero saberlo!

—Me dijo que una noche encontró a uno de ellos

muy borracho, durmiendo en la calle y que lo ahogó en sus propios vómitos. Al parecer este ni se enteró de que se estaba muriendo. Con el segundo fue diferente. Tenía remordimientos por lo ocurrido y no conseguía conciliar el sueño. Cada noche subía a la azotea del edificio a fumar un par de cigarros, para relajar los nervios. Cesáreo se le apareció y el tipo al verle se tiró al vacío. Ya solo le faltan dos. El cabecilla del grupo y su novia. No tardará en darles su merecido.

—¡Qué espanto! —exclamé.

—Y que lo digas. Tendrías que ver a Cesáreo de fantasma. Ese nunca fue guapo, pero es que ahora está horrible. Tiene el rostro quemado, con dos agujeros negros en vez de mofletes. Porque le conozco bien, que si no, me hubiera desmayado.

—Me gustaría verlo.

—No creo que pudieras soportarlo.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—Señor Mugres, tengo un poco de frío.

—Pues bebe un poco de la sangre de Cristo y entrarás en calor.

Me acercó una botella llena de vino. Él cogió otra. Ambos las alzamos y las hicimos chocar. Brindamos por nuestra amistad.

Pasé una noche inquieta, supongo que por los efectos del vino y de las historias de fantasmas, pero el despertar fue de lo más agradable.

Amanecí con la gata Wanda acurrucada a mis pies. Esta vez me había preparado una sorpresa. Durante la noche había traído a sus cinco crías. Las había llevado con la boca, de una en una, buscando el calor de mi regazo. Y ahora estaban tan a gusto, mullendo su barriga, amamantándose mientras ella se afanaba en limpiarlas con la lengua.

Se adueñó de mí cierta melancolía. A mí también me gustaría estar con mi madre. Seguro que lo estaba pasando muy mal. La añoraba. Tenía ganas de volver a su lado.

Cuando era pequeño mi madre nos bajaba a mí y a mis hermanas cada día a la plaza para que jugáramos. Ella se sentaba en un banco, junto a otras señoras que, como ella, se arremangaban la falda para brocear las piernas. Me gustaba mucho ver las piernas de las señoras. Cuando iban por la calle siempre llevaban medias, pero cuando llegaba el buen tiempo se las quitaban y dejaban al aire las pantorrillas blancas.

En aquella época nunca teníamos prisa. Mi madre dejaba preparada la verdura cocida, solo tenía que calentarla. Nos íbamos cuando el olor a caldo se escapaba de las cocinas anunciando la hora de comer.

Una lágrima rodó por mi mejilla marcando un surco sobre los manchones negros de mi cara. Como no tenía espejo yo no era consciente de lo sucio que estaba. Vivir de esa forma, sin lavarme, sin cambiarme de ropa, me estaba convirtiendo en un pequeño Mugres. Él sí supo reconocer en mi rostro señales de tristeza.

—¿Has llorado?

—No.

—No me engañes, las lágrimas se han quedado dibujadas en tu cara. ¿Qué te ocurre? ¿No lo pasas bien conmigo?

—No, no es eso, es que me añoro un poco.

—¡Menuda noticia! El intrépido Hombre Gato ahora resulta que es un niño de teta.

—No es verdad. Yo soy fuerte y valiente.

—¿Y por eso lloras? ¡Anda ya! Para ser buen vagabundo hay que tener cojones. Mírame a mí. Hasta me han pegado palizas por llevar esta vida. Eso tú no serías capaz de aguantarlo. ¡Anda, vete! Corre a las faldas de tu mamá. No te necesito.

Me dolió que el Mugres recriminara mi debilidad. Así que le tomé la palabra y fui en busca de mis amigos. Los sentimientos de rabia y mis ansias de libertad iban retrocediendo y daban paso a otro tipo de emociones. Sentía con fuerza el apego a los míos. Cada vez tenía

más ganas de pedir perdón para poder volver a casa, a la normalidad. Estaba cansado de tanto polvo y tanto vino. La escapada y la estancia en esa casa, me había atrapado en una especie de fiesta en el purgatorio. Entre un pasado gris y un futuro que se avecinaba más negro que un tizón. Había llegado demasiado lejos, y ahora no sabía cómo rectificar.

—¡Alcides! —gritó Meri al verme llegar— deja que te abrace.

Me apretó con energía y aspiré con fuerza el olor a champú de sus trenzas negras.

—Bueno, bueno, no hay para tanto. Nos vimos hace solo dos días.

—Ya, pero es que no paro de pensar en ti. Tengo miedo de que te pueda pasar algo malo.

—Ya ves que sé cuidarme. Estoy bien, un poco sucio pero bien.

—Hoy te he traído pizza. Yo misma hice la masa, ya verás qué buena está.

—¡Muchísimas gracias!

No tardé ni un segundo en hincarle el diente y lo cierto es que estaba deliciosa.

—¡Um! Qué buena cocinera eres.

—Alcides.

—Dime, Meri.

—Tus hermanas no paran de llorar. ¿Por qué no vuelves? Estoy segura de que tu padre te perdonará. Tendrías que verlo. Ni siquiera baja al bar. Se pasa el día al lado del teléfono esperando noticias tuyas. No sé si voy a poder seguir guardando el secreto. Entiéndeme.

Entonces vi que Oriol agitaba la pierna con nerviosismo. Me separé de Meri, le tendí la mano y con la boca aún llena, dije:

—Amigo.

Él me apretó la mano y entonces, poniendo cara de circunstancias me dijo:

—Tienes que escuchar a Meri. Si no vuelves acabarán todos locos. Yo tampoco sé si podré mantener la boca cerrada por más tiempo.

Entonces mis palabras rompieron el incómodo silencio.

—Creo que tenéis razón. Ha llegado el momento de regresar. Ahora soy más fuerte, así que podré soportar el castigo por duro que sea. Pero antes tengo que despedirme. Esta noche iré a decirle adiós al Mugres porque luego no sé qué pasará. Tal vez no le vuelva a ver y lo cierto es que este hombre me ha hecho pasar buenos ratos con sus historias.

—Alcides, quiero que me prometas que hoy dormirás en tu casa.

—Te lo prometo Oriol. Y a ti también, Meri.

—¡Qué bien! Volveremos a la normalidad y podremos salir a jugar y a vacilar a los de Diamante.

—Igual paso unos días castigado.

—Tranquilo, te esperaremos.

—¿Sabéis? Sois los mejores amigos del mundo y por eso os quiero recompensar ¡Nos vamos de juerga! ¡Mirad lo que tengo!

Saqué el billete verde del bolsillo ante su atónita mirada.

—¡Mil pesetas! ¿De dónde ha salido eso? —preguntó Oriol.

—Me lo he ganado.

—¿No habrás hecho nada malo?

—Claro que no. Es lo que he cobrado por hacer un trabajo y como no van a dejar que me lo quede nos lo vamos a gastar.

Meri aceptó de buen grado, y aunque Oriol no parecía estar muy convencido, fue a buscar a Jordi. Entonces, los cuatro juntos, fuimos primero a comer pasteles y

luego a la sala de cine más grande y cómoda del barrio. Estuvimos dudando si ir al Texas, pero el Cine Delicias nos pareció mejor opción. Era una sala de reestreno, hasta la que a veces nos dirigíamos solo para mirar los fotogramas. De la doble sesión, escogíamos la película que más nos gustaba, y luego jugábamos a imaginar su argumento.

Pero esa tarde pagamos las entradas, compramos palomitas y dejamos que el acomodador iluminara los pasillos con su linterna y nos acompañara hasta nuestros asientos. Nos sentíamos millonarios. La película era Colmillo Blanco y contaba con la presencia de grandes actores. Ahí estaban Fernando Rey y Franco Nero. Los conocía porque eran de los que mi madre nombraba en cuanto aparecían en la pantalla del televisor. Nosotros, que no éramos ni perros, ni lobos, nos quedamos boquiabiertos viendo las peripecias de ese animal de espíritu libre y fiel a su amo, capaz del mayor de los sacrificios. En algunos momentos Jordi tuvo miedo, pero Meri le cogió de la mano fuertemente y al final fue ella quien no pudo contener las lágrimas. Resultaron ser las dos horas mejor invertidas de nuestras vidas.

Cuando salimos del cine ya había oscurecido. Recorrimos el camino de vuelta representando ser los personajes de la película. Oriol subió a Jordi a caballito porque estaba cansado. Yo hice lo mismo con Meri y nos pusimos a hacer carreras.

Nos sentíamos poderosos, hinchados de independencia. No habíamos necesitado de nadie para colmar un capricho y eso nos llenaba de felicidad.

Por el camino Meri preguntó a Oriol qué significaba su nombre.

—Es un pájaro —contestó él.

—Qué bonito es tener nombre de pájaro —respondió ella—. ¿Os imagináis que todos tuviéramos nombres de

pájaros? Golondrina, Ruiseñor, Gaviota, Paloma ...

—Yo no quiero llamarme Paloma —dijo Jordi —, a mí me gusta mi nombre. Sant Jordi es el caballero que mató al dragón y salvó a la princesa.

—¿Y Meritxell? ¿Qué significa?

—Pues es la virgen de Andorra. Mi madre me puso ese nombre porque fui engendrada ahí. Algún día me gustaría ir.

—¿Y qué hacía tu madre en Andorra?

—Se fue de compras en autocar.

—¡Pues vaya compras que hizo! —exclamó Oriol. Y nos reímos.

—Alcides, ahora te toca a ti. ¿Y tu nombre? ¿Qué quiere decir? —Todos me miraron esperando una respuesta y yo contesté sinceramente —: pues no lo sé. Es como se llama mi tío del pueblo.

Al llegar a la plaza nos separamos. Me hicieron jurar y perjurar que esa misma noche volvería a casa y yo les aseguré que cumpliría mi palabra, pero primero quería despedirme de alguien.

Tras la fiesta

En la casa derrumbada, el Mugres seguía de fiesta. Llevaba bebiendo desde la noche anterior, y no tenía intención de parar hasta tragarse la última gota de vino. Hacía tonterías, se notaba que iba muy, pero que muy, borracho.

—Señor Mugres, vengo a decirle adiós.

No me contestó. Supongo que no podía escuchar, porque iba tan ebrio que no se enteraba de nada, y siguió a la suya.

—Me gustan las canciones de amor. Anda, muchacho, canta conmigo —masculló arrastrando la voz, y entonces se puso a cantar: «Reloj no marques las horas, haz esta noche perpetua...».

El Mugres se puso a bailar agarrando el bastón como si fuera una mujer. Cantaba tan mal que hasta las cucarachas se escondían. Pero súbitamente, la expresión de su rostro cambió. Tenía la cara desencajada. Algo se había roto en su interior. Sus gestos exhalaban miedo y cuando intenté acercarme para preguntarle si todo iba bien, retrocedió de un brinco.

—¿Le ocurre algo?

El Mugres empuñó el bastón como si fuera un arma y apuntando hacia mí, gritó.

—¡Atrás, alimaña! ¡Aléjate de mí, maldito inquisidor!

Amenazándome con el palo me fue arrinconando contra la pared. Yo alcé las manos para indicar que no pensaba hacerle nada.

—Se está confundiendo. Soy Alcides, su nuevo amigo.

—No quieras engañarme, muchacho endemoniado. Una vez me rompiste la nariz y desde entonces no respiro bien. ¿Crees que voy a permitir que vuelvas a hacerlo?

—Está cometiendo un error, señor Mugres. Soy el que le ayudó a recuperar su dinero. Puedo demostrárselo, sé su historia. Sé lo mal que se lleva con las sanguijuelas de sus hermanas. Se llaman Magdalena y Montserrat. ¿Recuerda?

—¿Cómo sabes eso? Ya entiendo. Tuviste que torturar a Cesáreo para que te explicara toda mi historia.

—No. Me lo explicó usted mismo. También me contó lo del ataque a su amigo el Cesáreo. Usted me lo contó todo. Mire los símbolos que pintaron en la pared, ¡son esvásticas! Ahí, junto a las cenizas.

—¿De qué quieres convencerme? Lo recuerdo todo muy bien. Primero le invitasteis a beber, luego jugasteis un poco. Os reíais mucho con las payasadas que él hacía para agradaros. Luego dijisteis que era un ser despreciable e inmundo que no merecía estar vivo. Le agarrasteis entre dos, mientras que un tercero le rociaba con gasolina. También había una chica, una auténtica bruja. Vi la maldad en sus ojos cuando encendió un cigarrillo. Mantuvo el mechero encendido en la mano, riéndose como una posesa, y finalmente lo tiró sobre el charco de gasolina. ¡Fuego! ¡Fuego!

—No fui yo, se lo juro. Se está confundiendo.

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira! Aún puedo verle envuelto en llamas, agitándose violentamente hasta que se le fue la vida. Fuiste tú, muchacho. Te reconozco. Lo estoy viendo en tus ojos.

La mirada desorbitada del Mugres se fijó en la mía, y entonces, sin que me diera tiempo a reaccionar, me atizó un bastonazo en las costillas que me dejó doblado, seguido de un fuerte golpe en la cabeza que me hizo perder el sentido. Todo se volvió oscuro.

Cuando desperté me encontré atado a una tubería rota. Estaba confundido, con un dolor de cabeza horrible. En cuanto vi la expresión delirante del Mugres recordé cuál era mi situación. Se le veía nervioso, se acercaba mucho para asegurarse de que yo seguía ahí, y luego retrocedía.

El Mugres sabía moverse entre las penumbras de esa casa. Pero su habilidad era nula si tenía que hacerlo caminando hacia atrás, totalmente borracho. Tropezó con las botellas que había tiradas por el suelo y cayó golpeándose en la cabeza. Se abrió una buena brecha.

—Voy a quedarme aquí vigilando hasta que el Cesáreo regrese de entre los muertos para vengarse. Es la ofrenda que le hago a un buen amigo.

Se palpó la herida y sus manos se mancharon con la sangre espesa que brotaba de su cabeza.

—Esto no es nada, me lo vendaré y enseguida se secará.

Se quitó la camisa dejando el torso al descubierto. Un cuerpo escuálido en el que se marcaban todas las costillas. Se vendó la herida liándose la camisa en la cabeza, como si fuera un turbante y luego volvió a sentarse para vigilar que no me escapara. Ahí colocado frente a mí, con su cuerpo enjuto, la barba frondosa y ese turbante improvisado, parecía un encantador de serpientes.

Nunca las horas habían pasado tan lentas. Los segundos se estiraban, se resistían a convertirse en minutos y estos se negaban a transformarse en horas. Mientras tanto, yo seguía atado a esa tubería, intentando conseguir que el Mugres recobrase la cordura hablando con él.

—Señor Mugres, ¿me oye? ¿Ya no está enfadado?

No quería hablar conmigo. Sentado en el suelo, aguantando el palo, el sueño le iba venciendo. Daba cabezadas, hacia adelante y hacia atrás. Yo intentaba deshacerme de las ataduras, pero era imposible. Ese hombre tenía maña haciendo nudos.

—Si me suelta no explicaré a nadie lo que ha pasado esta noche. Será nuestro secreto —le dije, pero él no contestó. Seguía en su delirio.

El Mugres iba cambiando de postura intentando ponerse cómodo hasta que finalmente se tumbó y rápidamente quedó dormido. Su fuerte respiración se transformó en ruidosos ronquidos que sonaban acompasados. Entonces grité.

—¡Sáqueme de aquí! ¡Maldita sea! ¡En mala hora decidí despedirme de usted! ¡Sáqueme de aquí!

Pero él siguió roncando. De pronto, Wanda apareció a mi lado. Frotaba su cuerpo contra el mío y eso me consolaba. A pesar de estar inquieta por sus crías no me dejó solo ni un momento. Se alejaba de mí para vigilarlas, pero enseguida volvía a mi lado. Me estaba cuidando como si yo mismo fuera una de sus crías.

Y así, lentamente, fue pasando la noche. Yo sin poder huir. Atado y a oscuras, sin que nadie pudiera verme. Con la única compañía de una gata negra y de un hombre que en un momento dado emitió un ronquido aterrador al que siguió el silencio más absoluto.

—¡Señor Mugres! ¡No oigo su respiración! ¡Dígame algo, por favor!

Nada. No contestaba a mis llamadas. No podía creer en mi mala suerte. La única persona que podía liberarme en caso de recobrar el juicio había dejado de respirar. No lo podía soportar más y me puse a chillar y a llorar.

—Por favor, no se muera. Hemos pasado buenos ratos. Le perdono. ¡Que alguien me ayude! ¡Socorro!

No ganaba nada con seguir gastando energía chillando e intentando liberarme. Me sentía más indefenso que nunca, seguí llorando hasta que decidí que «indefenso» para mí no quería decir nada. Era una palabra de nueve letras de la que podía estar riéndome todo lo que me quedara de vida y decidí seguir luchando, aunque no con-

siguiera hacer nada, como un gato sin uñas, como una tortuga sin caparazón.

Aunque cada vez me sentía más débil, me refugié en mis pensamientos, y en voz baja, me puse a hablar con Wanda, a explicarle lo mucho que me gustaría dormir en mi habitación al menos una vez más.

Deseaba estar en casa, ya ni en la mía, cualquier casa habría estado bien. Quería formar parte de una imagen hogareña, como aquellas que algunas veces, cuando estaba castigado, observaba por la ventana del colegio. Me imaginaba en el comedor, sentado en el sofá, mirando la tele y oliendo el café de la tarde. Pensaba en las sobremesas de domingo, el día que comíamos patatas de churrero, pollo al ast y tortell de la pastelería. Sobremesas deliciosamente largas, diferentes a las del resto de la semana.

Los pensamientos positivos me reconfortaban, así que seguí con ellos imaginándome a mí mismo y a mis amigos en verano, cuando casi podía decirse que vivíamos en la calle. Jugábamos a escondernos detrás de los coches y hacíamos guerras de agua con globos que llenábamos en las fuentes. Siempre acabábamos sudados, empapados y llenos de chorretones. En la feria, la gente que paseaba nos miraba por encima del hombro como si fuéramos unos pedigüeños. ¡Cuando eran ellos los invasores! Venían a nuestras calles, disfrutaban de lo que tanto había costado preparar y encima nos miraban con desdén. Entonces nosotros jugábamos a aniquilarles, apuntándoles con los dedos y disparando: ¡Pum! Uno menos. En este barrio no queremos invitados desagradecidos.

¿Qué hora debía de ser? A esa habitación no llegaba luz. No sabía si era tarde o temprano, de día o de noche. En la calle no hacía falta llevar reloj, todo era tan rutinario que uno siempre podía adivinar la hora. Si la señora

Encarna cerraba el kiosco es que eran las tres. Si la calle quedaba desierta y empezaba a escucharse la melodía de Verano azul es que eran las tres y media. A esa hora todos los televisores se ponían de acuerdo, la música sonaba entre los bloques y los que quedábamos en la calle subíamos a casa para ver la tele.

Hubiera dado cualquier cosa por volver atrás en el tiempo y poder disfrutar de esas pequeñas cosas a las que antes no daba importancia.

Los días que siguieron

Al día siguiente, por la tarde, después del colegio, Oriol y Meri se encontraron en la portería de la casa de Alcides. Los dos querían verle, hablar con él, preguntarle cómo se lo había tomado su padre. Subieron juntos al quinto piso y los dos se quedaron de piedra al ver la cara de inmensa tristeza de su madre, cuando abrió la puerta.

Oriol tomó la iniciativa y preguntó si sabía algo de Alcides. La madre contestó que seguía sin noticias y que la policía se había puesto en contacto con la Interpol, para que le buscaran en el extranjero.

Se despidieron cariñosamente de ella, dándole ánimos, diciéndole que seguro que aparecía antes de lo que ella imaginaba.

No entendían qué podía haber ocurrido. Él mismo les dijo que iba a volver esa noche. Tenían que hacer algo, así que se dirigieron a la casa derrumbada. Recorrieron el camino casi sin hablar, pues tenían un nudo en el estómago.

En la verja de la casa se encontraron con la señora de los gatos a quien le extrañó verles por ahí.

—¿Qué hacéis, chicos? No entréis en esa casa. Os podríais hacer daño. Por dentro está destrozada y el suelo puede ceder.

—Estamos buscando a un amigo y creemos que podría estar dentro.

—Yo vengo cada día por aquí y no he visto a nadie. Esperad, será mejor que os acompañe. He entrado alguna vez y sé por dónde se puede andar con seguridad.

Siguieron a la mujer, atentos a cualquier ruido, esperando sentir alguna señal de la presencia de su amigo.

A medida que se adentraban en la casa todo se volvía más oscuro pues la luz de las farolas no alumbraba más allá del vestíbulo. Lo único que se veía con nitidez eran los ojos de los gatos brillando en la oscuridad. De pronto, unos maullidos finos pero estridentes que provenían de la última habitación alertaron a la mujer.

—Esos maullidos... ¡Vamos!

Entraron en la habitación totalmente a oscuras, la mujer iba delante, Meri la cogía de la mano y Oriol se agarraba al vestido de Meri.

—¿Hay alguien ahí?

Entonces una voz apagada que sonó como un susurro, contestó:

—Estoy aquí. Ayudadme.

—¡Dios mío! ¡Qué demonios ha pasado! ¿Quién te ha atado?

—Él —dijo Alcides apuntando con la mirada al cuerpo sin vida del Mugres.

Su cuerpo se encontraba tumbado en el suelo, con la camisa totalmente empapada de sangre. En su delirio no se había dado cuenta de la gravedad de la herida y había muerto desangrado.

—Tranquilo, muchacho, enseguida te sacaremos de aquí.

—Alcides, no te preocupes, todo ha acabado.

Oriol y la mujer de los gatos se quedaron para liberarme, mientras que Meri corrió como el viento para avisar a mi familia. Desde mi casa llamaron a la policía.

Entonces se montó un lío tremendo y aparecieron mis padres y mis hermanas. Lloraban y reían y me abrazaban y saltaban de alegría. La policía rodeó la casa para

realizar el levantamiento del cadáver del Mugres. A mí me dejaron con mi familia. Me interrogarían más tarde.

Antes de irnos les pedí que esperasen un momento.

—Por favor, será solo unos segundos.

Cogí a Wanda entre mis brazos y acariciándola le dije.

—¿Te gustaría que alguna de tus crías viviera con una familia?

Wanda frotaba su cara contra la mía sin parar de ronronear.

—Te aseguro que serán los gatos más felices de la tierra. Te prometo que los cuidaremos bien.

Cogí tres de sus crías sin fijarme si eran macho o hembra. Escogí las que me parecieron más débiles, las que tenían menos posibilidades de sobrevivir. Le di una a Oriol y le dije:

—Tranquilo, no es para ti, es para que se la des a Jordi. Estoy seguro de que le gustará la sorpresa.

Otra de las crías se la entregué a Meri.

—Estos días me has alimentado muy bien. Estoy seguro de que sabrás cuidar de ella.

Y la tercera, me la quedé yo. Entonces mi padre me envolvió con una manta y me llevó en brazos. Me dieron leche caliente, me pusieron un pijama limpio y me acribillaron a preguntas que yo fui respondiendo como mejor pude. Dije toda la verdad, incluso que me fui por que tenía miedo a la reacción de mi padre cuando se enterase de que me había escapado del colegio, ante lo cual él puso semblante serio y me dijo que de eso ya hablaríamos más adelante, que en ese momento lo único que importaba era que yo estuviera bien.

Los dos días que siguieron fueron extraños. No iba al colegio porque tenía que ir a la comisaría para los interrogatorios. Nadie me chillaba ni me castigaba, al contrario, todo el mundo me colmaba de atenciones. Mi madre preparaba mi comida favorita y no se enfadaba si no ha-

cía la cama. Mis hermanas no paraban de tener detalles conmigo. Me dejaban tocar sus cosas, no se enfadaban si hacía trampas en los juegos e incluso consentían que mi gata BabyWanda se afilara las uñas en la silla rosa de su habitación. Si hasta me regalaron los números nuevos de Marvel, donde ya no se traducía el nombre del gigante esmeralda. La Masa ya no era la Masa, ¡ahora era Hulk! ¡Dioses a mí! Y aun así, a pesar de tantos motivos para que en mi casa reinase la felicidad, el ambiente estaba terriblemente cargado de preguntas y silencios. Incluso si lo pensaba, los regalos que me hacían parecían más propios de un niño enfermo, que de otro que hubiera recobrado la libertad y con ella la cordura.

Mi intuición no se equivocaba. Las consecuencias no tardaron en llegar.

Una tarde mi padre entró en la habitación, se sentó en la cama y, cabizbajo, me dijo lo siguiente:

—Alcides, no he sido un padre responsable, no he sabido darte una buena educación.

—Eso no es cierto, papá. A veces eres un poco bruto, pero eres un buen padre.

Tomó aliento antes de seguir hablando, se notaba que intentaba encontrar las palabras para lo que me tenía que decir.

—Tú eres un chico inteligente, pero necesitas más atención de la que yo puedo darte. Llego muy cansado del trabajo, y no entiendo las cosas que tú estudias. Yo no soy un buen ejemplo para ti. No puedo darte la educación que mereces. La semana que viene irás a un internado.

—No estarás hablando en serio, ¿verdad?

Me parecía que internarme en un colegio era una decisión exagerada. Yo estaba cambiando mi comportamiento. Había aprendido la lección.

—Debes entender que el internado no es un castigo. Lo hago para que llegues a ser alguien en la vida. Para

que no te pase como a mí, que tengo que tirarme todo el día trabajando por cuatro chavos sin poder estar con la familia.

Esas palabras devastaron mi mundo, mi vida hasta ese momento. Mi mente lo entendía, pero no mi corazón. Me mandaban a un internado fuera de Barcelona, con chicos que no conocía de nada y sin plazas a las que ir a jugar. Estaría separado de mi familia y de mis amigos. Adiós Meri, Jordi, Oriol. Sentía un fuego interno que me empujaba a huir de nuevo y deseé con fuerza dominar ese sentimiento, porque las cosas habían cambiado. Pero finalmente no pude reprimirme.

—¡Ni hablar! —grité— No pienso ir a un internado. No voy a consentir que me sigas destrozando la vida.

Se acabó la serenidad que mi padre había mantenido hasta ese momento. Su cara enrojeció, las cejas se arquearon y las fosas nasales se dilataron. Se levantó de la cama y salió de la habitación dando un portazo. Yo me quedé inmóvil esperando su reacción. Y lo que pasó fue que la puerta se volvió a abrir dando otro portazo, dejando paso a un hombre enfurecido que se abalanzaba sobre mí, sosteniendo entre los puños unos papeles, y diciendo:

—Mira, Alcides. Los curas me han dado un informe que dice que tienes un cociente intelectual muy alto, superior a la media. Dicen que eres muy inteligente, que si no fuera por tu mal comportamiento sacarías buenas notas. Y yo no lo puedo entender bien, porque si eso es así, si es cierto eso que dicen, que eres tan inteligente, no entiendo por qué haces las cosas que haces y dices las cosas que dices.

Apretujó mis boletines de notas y los test psicotécnicos que me habían hecho en el colegio y me los tiró a la cara con desprecio.

—¿Por qué te vas de casa, malnacido? ¿Por qué robas

dinero? ¿Por qué contestas a tu padre? ¿Cuántas ofensas tengo que seguir soportando? ¡Dímelo!

Gritaba y sudaba mientras yo empequeñecía arrinconado en la cama, intentando encontrar palabras para explicarle que yo solo había querido encontrar mi lugar porque nunca me había sentido como los demás. Que no había sido consciente del daño que mis actos habían podido causar. Pero la furia de su rostro me enmudecía.

—No alcanzo a comprender qué es lo que te he hecho. De qué lugar oscuro sale tanto despropósito.

Conseguí decir que solo quería estar tranquilo y tener lo mismo que tenían los demás. Ante lo cual gritó.

—¿Pero en qué mundo vives? ¿Qué es lo que quieres? ¿Tener unos padres millonarios? Pues mírame bien porque esto es lo único que hay. Un pobre paleta que se desriñona de sol a sol para que no falte un plato de comida en la mesa. Un hombre ofendido porque su propio hijo no le respeta. ¿Sabes, Alcides? Te mataría a palos si supiera que con ello conseguía hacerte despertar a la realidad. En esta vida uno no puede tener siempre lo que quiere. No hay más oportunidades. No quiero que vuelvas a pisar esta casa hasta que demuestres lo que vales. Hasta que pueda hablar de ti con orgullo.

Me quedé mirando fijamente su rostro encolerizado y en un relámpago comprendí que tendría que obedecer, porque no había palabras en el mundo capaces de hacer entender a ese hombre que era mi padre lo que me ocurría. Su actitud violenta actuaba como un revulsivo en mi arraigado sentido de la justicia. No se daba cuenta de que me estaba conduciendo a la alienación total, a la pérdida de identidad, a la nada.

Ese hombre, que nunca me había dado más de lo estrictamente necesario, ahora saqueaba mi vida privándome de mis relaciones, de mis amistades, de mi gata. Ya no podría participar en los juegos, ya no podría sentir

el calor de un ronroneo, ya no podría seguir creciendo junto a mis amigos. Me mandaba a un exilio que yo no deseaba. Deseaba gritar ¡Hulk... aplasta!, pero me callé.

Mi padre seguía agitando el dedo en modo inquisitivo mientras repetía todos los delitos de los que me acusaba: mentir, robar, escaparme, contestar con soberbia, etc. Entonces me alcé sobre la cama y le grité a la cara que era él quien me había creado. Y él respondió pegándome un puñetazo que me rompió la nariz. La sangre manó a borbotones. Intenté parar la hemorragia con las manos, pero era imposible. Salí corriendo al pasillo donde mi madre consiguió cerrar el paso al energúmeno.

—¡Déjale en paz! ¡No le toques! ¡Para ya, por favor, para ya!

Y cuando por fin le calmó, mi madre me llevó a urgencias. Los médicos preguntaron cómo había ocurrido, y ella mintió diciendo que había sido jugando a fútbol, de un pelotazo. Me curaron. Me advirtieron que tuviera más cuidado con los juegos y nos volvimos a casa.

Por el camino recordé una de las historias del pueblo que mi madre me explicaba de pequeño. Era la de un cerdo que había nacido más pequeño que los demás. El ruin de la camada. Como la cerda no tenía teta para amamantarlo, se lo dieron a mi madre para que jugara. Pero ocurrió que ella lo cuidó tan bien, que el cerdito se volvió el más hermoso y rollizo y el pobre acabó servido en la comida de una Navidad. Ese cerdo ruin superó de sobras todas las expectativas que habían depositado sobre él. Esa era la cuestión. Pasó de no tener valor alguno, a ser el más cotizado. Quizás porque no supieron ver más allá de sus circunstancias.

Yo me había sentido muchas veces como ese cerdo: sobrante y desposeído. Las atenciones que me daban no me colmaban y no me daba cuenta de que con mi comportamiento hería a los demás. Sin embargo, la experien-

cia de esos días me había enseñado una gran lección. Saber que podía contar con mis amigos en los momentos duros me llenaba de satisfacción. Por primera vez sentía la paz y el reposo que hasta entonces no había encontrado. Deseaba que me dieran una oportunidad para demostrar que había cambiado.

En la habitación, sobre la cama, me esperaban paquetes llenos de regalos. Ropa nueva, un compás, un estuche repleto de lápices resplandecientes y libretas por estrenar. Simples objetos que quizás antes yo hubiera deseado.

Era inútil intentar explicar que después de lo ocurrido me habría bastado con asomarme a la plaza y ver la silueta de mis amigos jugando para sentirme la persona más rica del mundo.

Esta vez el castigo era más duro de lo que jamás hubiera podido imaginar. Me quitaban lo más valioso que tenía, mi identidad. Ya no podía seguir caminando por el filo, saltándome las normas, tenía una cuenta pendiente y si ir al internado era la forma de saldarla, lo haría. Iría al internado, pero a mi manera. Como último acto de rebeldía decidí cruzar al otro lado sin adornos hipócritas. Desdeñé sus regalos. Me quité toda la ropa nueva y me quedé en calzoncillos. En el espejo me vi a mí mismo delgado como un faquir, con todas las costillas marcándose en mi pecho, y la nariz vendada y torcida por los golpes recibidos. Pensé en el Mugres y su recuerdo me dio fuerzas para seguir adelante. No cogí ningún regalo ni nada que no cupiese en una pequeña mochila. Y así, desnudo, entré en el taxi que me esperaba en la portería para llevarme al internado. Me fui del barrio como mi padre quería. Dejando atrás mi vida. Llevándome lo único que me quedaba, mi nombre: Alcides Pardo.

FIN

Epílogo

Una noche en la que el viento aullaba como una loba en celo, un hombre oscuro vagaba por la ciudad buscando venganza, y en un coche aparcado en un mirador de la Rabassada, dos jóvenes intentaban hacer el amor. Los rugidos del vendaval ahogaban los sonidos más cercanos. Así que nadie podría escuchar los gritos aterrorizados de la pareja que unos meses antes, con la maldad de sus actos, había cavado su propia tumba. Fue una noche de fiesta, durante un aniversario de cumpleaños. Una noche en la que sus ideas radicales bañadas en alcohol les llevaron a quemar a un pobre vagabundo solo por diversión.

El hombre oscuro se acercó al coche. No le vieron rociando con gasolina el seiscientos, donde se agitaban sin quitarse la ropa del todo. No le vieron hasta que el hombre se encastó en la luna delantera con un mechero encendido. En aquel momento reconocieron el rostro deformado por las quemaduras del mendigo que un fatídico día se cruzó en su camino.

La risa de Cesáreo hizo temblar la noche. Los jóvenes, paralizados por el terror, no reaccionaron cuando el coche empezó a arder. El viento, cómplice del fantasma, avivó las llamas, y en cuestión de minutos el automóvil se convirtió en una antorcha gigantesca. Había llegado su hora.

A las carcajadas del Cesáreo se unieron las de otro hombre que, como una sombra, surgió de la arboleda. Una figura de espalda encorvada que posó la mano sobre el hombro de su amigo. Ambos se quedaron unos segun-

dos contemplando la hoguera y escuchando el crepitar de las llamas. Por fin, el recién llegado soltó un suspiro:

—A estos no se los van a poder comer ni los gusanos.

Y entonces las dos figuras y sus sonoras carcajadas, se perdieron por el bosque, rumbo a la ciudad.

Agradecimientos

Deseo dar las gracias por sus sabios consejos y la atención que me han prestado a Sabrina Rodríguez, Raúl Calvo, Mercè Bagaria, Sergi G. Oset, Josep Maria Argemí, Raquel de Diego, Victoria Bermejo, Ramón Colomina, Bouman y a mis hermanos, Iván Muñiz y Elliot Birkin.



Fotografía: Alejandro Cano

Patricia Muñiz

Barcelonesa, nacida en 1970. Ha publicado las novelas “*Corriente sanguínea*” y “*Play Room*” con Underbrain Books, además de cuentos y relatos en distintas publicaciones de género.

www.patriciamuniz.com
info@patriciamuniz.com